

sibilidad de hacer arrigar sus ideas en el Egipto, se ocultara en un retiro cualquiera donde acabar sus días, para, á lo menos, mantener en sus adeptos la creencia de que él había sido el verdadero *nútik*, que respetado por la muerte, volverá á presentarse en el último día como iman y Mahdi, y así en efecto lo creen aun hoy los drusos. De todos modos, dejó en herencia á su hijo Abu'l-Hasan Alí, llamado *Ez-Zahir* (411-427=1021-1036), una tarea que difícilmente habría podido llevar á cabo el adolescente de 16 años á no haber tenido en su tía *Sitt El-Mulk* (1) una tutora que poseía por lo menos la energía de su hermano. Despues que ésta hubo mandado cortar la cabeza á cierto número de oficiales, se restableció el orden en el ejército, y por lo mismo también en el país, y en 420 (1029) fué ocupada otra vez la Siria, donde á la muerte de Hakim nadie se curaba ya de la autoridad del califa. Entonces ya había muerto Sitt El-Mulk, pero Zahir, á pesar de ser bastante dado á los placeres, parece que no carecía de algunas dotes de gobernante, y en su reinado no se vuelve á hacer mención alguna de trastornos en el Egipto. Fué una desgracia para el país que este príncipe sucumbiera víctima de una epidemia el 15 de Scha'aban de 427 (13 de junio de 1036), pues si bien su hijo Abu Temim Ma'add, por sobrenombre *El-Mustansir* (427-487=1036-1094), tuvo la suerte de alcanzar una duración de reinado de 60 años lunares ó 58 solares, no lograda por ningun otro soberano muslim, no dió muestras de mas talento que el de saber divertirse y malgastar el dinero. Cierto que solo tenía siete años de edad cuando subió al trono, y ya se ha dicho: «¡Ay del país que tiene por rey á un niño!» Su madre era una esclava negra, y se encargó de gobernar en nombre de su hijo, con el apoyo de la guardia negra, cuyas huestes se habían aumentado sucesivamente hasta 50,000 hombres. Es evidente, sin embargo, que de la tutela de una mujer sin instrucción ni gran talento natural, poco bueno se podía esperar. Mientras el bravo Disbiri alcanzaba en la Siria los triunfos de que ya hemos hecho mención, se prestaba oído en el Cairo á calumnias que lograron la revocación del único verdadero general que había entonces, dando así rienda suelta á la insubordinación de los emires sirios; luego vinieron las intrigas palaciegas y los asesinatos de ministros y otros personajes, que se repitieron con sobrada frecuencia. Cuando en 440 (1048-1049) (2) el sirida Mo'is Ibn Badis pretendió hacer efectiva la independencia que de hecho existía desde tiempo en el Occidente, se hizo invadir ciertamente por algunas tribus de beduinos árabes el territorio del rebelde vasallo, pero sin lograr ventaja alguna para el califa; y en la misma capital se hostilizaban de tal modo, desde 450 (1058), visires, negros y turcos, unos á otros, que por último Mustansir tuvo que vaciar por completo las arcas del Tesoro para apaciguar hasta cierto punto á los perturbadores. En el año 454 (1062) consiguieron por fin hacerse dueños otra vez de la situación los turcos, acaudillados por el hamdanida Nasir Ed-Daula, pero solo para mayor daño del califa y espantosa miseria del país. Los turcos se portaron como acostumbraban á portarse sus compatriotas en Bagdad; prescindiendo del llamado «caudillo de los creyentes», saquearon todas las cajas del Tesoro, desbarataron la preciosa biblioteca, pérdida que aun hoy lamentamos, y cuando en 467 (1072-1073) el turco Ildegis hizo desaparecer á Nasir Ed Daula, cuya arrogancia no tenía ya límites, no mejoró por eso la situación de la corte. Es uno de los casos mas singulares en la historia que Mustansir, cuya autoridad era tan

(1) «Señora del reino.» De *Sitt*, señora, viene el nombre de Sita en el drama de G. E. Lessing: *El sabio Nathan*. El verdadero título de la tía de Zahir era *Sitt Esch-Scham*, «señora de la Siria.»

(2) Véase Fournel: *Les Berbers*, II, pág. 369, nota 2.

insignificante en aquella época que Nasir Ed-Daula había suprimido en muchas ciudades las oraciones por él, mandándolas hacer en nombre del califa abasida Kaim, hubiese podido tener motivo pocos años antes para hacerse la ilusión de que había logrado realizar los antiguos planes de su familia, ó sea la expulsión de los abasidas de Bagdad.

Bastante mal se habían portado los buweihidas con los descendientes del temible Mansur desde la entrada de Mo'is Ed-Daula en Bagdad. Despues de destronado Muktahfi, otros tres abasidas, Muti (334-363=946-974), Tai (363-381=974-992) y Kadir (381-422=992-1031), representaron el triste papel de califas, desatendidos y menospreciados por los sultanes siitas; únicamente porque sus *emires el-omarí*, como los buweihidas casi por ironía continuaban haciéndose llamar, necesitaban de su autoridad espiritual para oponerla á los progresos de los fatimitas en la Siria, eran todavía tolerados, pero estaban tan mal atendidos que á veces carecían de lo mas necesario. Como se puede suponer, los siitas se habían aumentado considerablemente en Bagdad con el nuevo régimen, y poco faltó para que sustituyera uno de estos herejes al superior cadí sunnita. Esto pudo todavía impedirlo con bastante esfuerzo Kadir, logrando que se diera á los siitas un director especial ó *nakib*. Los bandos enemigos moraban, por lo general, en distintos barrios de la ciudad; sin embargo, entre los siitas, que se consideraban correligionarios de los sultanes, y los sunnitas de la capital, que eran bastante fanáticos tambien, reinaban continuas hostilidades, que no eran siempre de carácter puramente espiritual y que debían ser mas desagradables aun para los califas que para los buweihidas. Las vejaciones eran mayores cuanto mas se hundían los amos de los «caudillos de los creyentes» en sus contiendas de familia y se desmenuzaban en pequeños Estados; debió de ser, pues, una verdadera redención, así para los abasidas como para la «ciudad de la salvación», cuando en el reinado de Kaim (422-467=1031-1075) acabaron al fin los seldyucidas de Togrulbeg con el lastimoso régimen de los buweihidas. No se dió prisa ciertamente el sultan turco por presentar su homenaje al jefe de la religión. Durante todo un año no se acordó de él para nada, y sus tropas se conducían en Bagdad como turcos que eran; pero al fin los seldyucidas eran sunnitas, y para dar á su autoridad carácter de legítima, consideró prudente Togrulbeg recibir con toda solemnidad la investidura de sultan de manos del califa en el año 449 (1058). Besó en aquella ocasión el suelo ante el vicario del Profeta en la tierra y no ocupó el asiento á su lado hasta que él se lo indicó; en una palabra, se representó con toda perfección la comedia de rúbrica en semejantes casos, para contento y embaucamiento del amado público. Mas el sultan no podía ser mezquino con el califa; concedióle lo necesario para vivir con decencia, ganando así el abasida en consideración é influencia en Bagdad y sus inmediaciones. Sin embargo, debía verse precisamente entonces arrojado, aunque temporalmente, de la residencia de sus antepasados, á causa de las maquinaciones de los mas temibles enemigos de la fe, los ismaelitas y fatimitas. Los buweihidas, mientras pudieron mantener su autoridad en el Irak, tuvieron con el califa el comun interés de oponerse á las intrusiones de los egipcios y de su misteriosa secta. Pero desde el momento en que los seldyucidas ocuparon á Bagdad y arrojaron de la ciudad al turco Arslan El-Basasiri, jefe de las tropas buweihidas, hubo diversidad de opiniones. Acaso Basasiri previó el triunfo de Togrulbeg y había ya puesto su esperanza, para cuando llegase este caso, en los ismaelitas, que además del poder en el Egipto contaban con tantos medios en todas las comarcas del Oriente; de todos modos, estaba ya á la sazón en correspondencia

con el fatimita Mustansir, y cuando el año 450 (1058) Ibrahim, hermano de Togrulbeg, instigado por los ismaelitas, alzó por segunda vez la bandera de la rebelión en la Persia y el sultan tuvo que acudir allí á toda prisa, Basasiri aprovechó el desamparo de Bagdad para dar un golpe de mano que le hizo dueño de la capital por breve tiempo. Mientras el califa Kaim se veía obligado á abandonar la ciudad, Basasiri se proporcionó la satisfacción de volver á introducir el rito siita y mandar hacer rogativas por el fatimita Mustansir (13 de Zul-ka'ada de 450=1.º de enero de 1059).

Grande fué el júbilo en el Cairo cuando se recibió la noticia de estos sucesos; mas ninguna de las dos dinastías rivales tenía motivo bastante para hacer alardes de triunfo. Acabamos de ver el resultado que tuvo para Mustansir el triunfo casual obtenido en su propio territorio, y su dinastía, como tal, no volvió á rehacerse jamás de la miseria y humillación del fatal régimen de los turcos. Cierto que el califa tuvo en el año 466 (1073-1074) el buen acuerdo de llamar á su auxilio contra turcos y negros al armenio Bedr Schamali, que ocupaba á Akkon con algunos regimientos de compatriotas suyos al servicio de los fatimitas. Bedr, aunque pasaba ya de los sesenta años, era un hombre enérgico, que no se paraba en pequeñeces. En aquel mismo año (466=1074) sus oficiales, á cada uno de los cuales había recomendado uno de los emires recalitrantes para que intimasen con ellos, dieron muerte á estos perturbadores, y desde entonces Bedr dirigió, con casi completa independencia, el gobierno del país con el título de *Mirgusch* (1), «generalísimo.» Tuvo por otra parte el sentimiento de ver cómo fracasaban todos sus esfuerzos para reconquistar las provincias de la Siria y de la Palestina, que se habían perdido entretanto, por mas que llegara á ocupar temporalmente la parte de la costa hasta mas allá de Sidon; pero logró en cambio al morir, en 487 (1094), poco antes que el mismo Mustansir, dejar el Egipto pacificado y en renaciente prosperidad á su hijo Schahanschah, cuya autoridad fué aun mas ilimitada que la de su padre. Merecido tenía el arrogante título de *El-Melik El-Afdal* (el rey excelente), que llevó en el reinado del insignificante hijo menor de Mustansir, Musta'alí (487-495=1094-1101); él era en realidad el que gobernaba el Egipto. Los ismaelitas se habían desprendido silenciosamente ya en tiempo de Mustansir de los fatimitas. El persa El-Hasan Ibn Sabah, *dai* de los mas influyentes del Oriente, había estado en el Egipto despues de la llegada del Mirgusch Bedr de la Armenia, y sido acogido por los mas altos dignatarios con tales muestras de distinción, que probaban que á la sazón seguían todavía unidos fatimitas é ismaelitas. Pero desde entonces perdieron gradualmente los descendientes del primer gran maestro de la orden el contacto con la comunidad, la cual por su parte solo podía sentir desprecio ante la creciente debilidad del califato egipcio. Por méritos del mismo Hasan trasladó la secta su centro de acción á la Persia y Siria septentrional, donde la volveremos á encontrar en la siguiente parte de esta obra; el Egipto no fué de allí en adelante para ella sino una potencia secundaria, con la cual solo había que contar ya incidentalmente. De todas suertes era indiferente para los ismaelitas lo que desde el Egipto se pudiera hacer en pro ó en contra de los cruzados, que á la sazón se aproximaban: en su suprema indiferencia hacia todas las religiones positivas, solo consideraban á los caballeros francos como nuevas piezas en la partida que se disponían entonces á empezar en el tablero del Asia anterior y que continuaron jugando con siniestra suerte hasta que los mogoles barrieron piezas y tablero. Melik-el-Afdal, por mas que fuera

(1) Mas exactamente, *Emir El-Guyusch*, «jefe de los ejércitos.»

un gobernante capaz, se excitaba fácilmente; y como suele suceder á menudo, no apreciaba en su debido valor á los adversarios distantes comparándolos con los que tenía mas cerca, y creía poder valerse para sus fines de aquellos mismos que hacían de él su instrumento. Jerusalem se encontraba en el año 489 (1096) en poder de los ortokidas, familia turca á la cual fué entregada por el seldyucida Tutusch, hermano de Melikschah. Aprovechase de las contiendas entre los seldyucidas y sus emires para reconquistar la Siria pareció al Afdal un golpe maestro de política; y creyó además deber sacar partido con este objeto de los apuros en que empezaba á poner la primera cruzada (2) á los emires de la Siria y de la Palestina. En el mes de Scha'aban de 491 (1098) tomó, pues, á Jerusalem, pero solo para ver cómo los cruzados conquistaban un año despues (23 de Scha'aban de 492=15 de julio de 1099) la ciudad tan santa para ellos como para los musulimes. Que en ella, consagrada por la muerte de nuestro Salvador, los cruzados se portaran casi con mayor barbarie aun que los turcos, es cosa de que nos debemos avergonzar, por mas que en muchos libros de historia se oculta el hecho. Al Afdal y á su siguiente califa *Amir* (495-524=1101-1130) de poco sirvió la tardía experiencia: sus ejércitos fueron repetidas veces derrotados por el rey Balduino de Jerusalem, y el mismo Egipto tuvo que sufrir las incursiones de los francos. Fué una desgracia para la nación que Amir, que había subido al trono á la edad de cinco años, mandara asesinar en 515 (1121) al Afdal, cuya tutela le era molesta, porque á pesar de la grave falta cometida, el hijo de Bedr El-Schamali era en aquellos momentos indispensable al Egipto. La decadencia de la dinastía, que había podido ser contenida hasta entonces por los dos armenios, fué desde aquel instante en rápido aumento. El desgobierno de Amir, su crueldad y su arbitrariedad acabaron por provocar tambien el asesinato del indigno califa, y no habiendo dejado sucesión masculina, por primera vez hubo que apartarse de la línea directa. El nuevo califa El-Háfiz (524-544=1130-1149) se vió ya en 528 (1134) en graves apuros á causa de la enemistad de sus hijos, enconada por las contiendas entre negros é ismaelitas por un lado y turcos y sunnitas por el otro. En medio de motines de la soldadesca, á los cuales ya no había medio de poner término, murió El-Háfiz. Su hijo, jóven entonces de diez y siete años, llamado *Záfir* (544-549=1149-1154), no fué mas que un vividor dado á todo género de placeres, durante cuyo reinado aparece ya como mayordomo Ibn Sallar, curdo sunnita procedente de los ejércitos del Afdal; pero éste es asesinado por su propio nieto político, y pronto, en medio del desquiciamiento general, cae en poder de los francos Ascalon, la última posición avanzada muslim en la Siria (3). El hijo de Háfiz, de cinco años de edad, Faiz (549-555=1154-1160) murió á los pocos años, y el ismaelita Talai, dueño entonces de la situación, creyó conveniente volver á colocar en el trono á Adid, otro niño de nueve años de la casa de los califas (555-567=1160-1171). En las guerras que durante su reinado nominal se riñen entre los emires de su ejército, el rey Amalrico de Jerusalem y los caudillos del Atabeg turco de Damasco, Nurreddin Ibn Senki, surge el héroe que el Islam, para honra suya, opone al Occidente en aquella misma época de decadencia: *Salah Ed-din*, hijo de Eyub, al cual conocemos los cristianos mas generalmente con el nombre de *Saladino*.

Adid murió, despojado ya de hecho de la soberanía por

(2) Véase la exposicion detallada de las Cruzadas, por Bernhard Kugler, de esta coleccion, que naturalmente no hemos de reproducir aquí nosotros.

(3) Segun la version árabe, el 27 de Schumada II de 548=20 de setiembre de 1153; véase Kugler, en la obra ya citada, página 162.

Saladino, el día 10 de Moharram de 567 (13 de setiembre de 1171). Con él, — pues que no merecen ser tomados en cuenta los conatos de algunos seitas para hacer prestar homenaje á su hijo Da'ud, — se extingue la dinastía de los fatimitas, la cual, á pesar de su dudoso origen y rápida decadencia, segun costumbre del Oriente, permitió á los infelices coptos imaginarse por un espacio de tiempo bastante largo que tambien ellos eran hombres. Tiene además el mérito de haber producido en Hakim el original mas singular de todos los príncipes de Oriente. Por mas que el fin de esta raza extraordinaria no corresponda á sus brillantes comienzos, siempre contrastará favorablemente si se le compara con la miserable existencia que durante siglos fué deparada á sus tan perdurables como menguados rivales de la casa de Abbas.

Naturalmente, no habia de durar mucho la aventura de Basasiri en Bagdad. Togrulbeg reprimió en muy pocos meses la rebelion de su hermano, y ya, á fines de 451 (1060), estaba reintegrado el califa Kaim en su antigua capital. El caudillo de los creyentes continuó siendo tratado con toda consideracion así por Togrulbeg como despues de la muerte de éste (455 = 1063) por su sobrino, el siguiente sultan *Alp-Arslan* (455-465 = 1063-1073), y por el célebre hijo y sucesor de este último, Melikschah (465-485 = 1073-1092); y el fomento de sus intereses materiales y morales, que la ciudad de los califas debió á estos preclaros gobernantes y á su afamado visir *Nisam el mulk*, influyó tambien considerablemente en la posicion del jefe de la religion, dignamente atendido entonces. El califa ejerció desde luego mayor autoridad en la poblacion de Bagdad, y si bien ni *Móktadi* (467-487 = 1075-1091) ni *Mustashir* (487-512 = 1094-1118) estuvieron todavia en posicion de extender mucho su actividad, las enemistades y guerras que estallaron entre los descendientes de Seldyuk á la muerte de Melikschah hicieron posible que Mustarschid (512-529 = 1118-1135) recibiese en el año 526 (1132) del sultan Masud la ciudad de Bagdad y la mayor parte del Irak como principado independiente. Desde entonces volvieron á interesarse los califas en la alta política como príncipes mundanos, si bien en la proporcion de las reducidas fuerzas de su *Pontificium Muhammedis*, como pudiéramos llamar á esta especie de Estado religioso en pequeña escala. A *Raschid* (529-530 = 1135-1136) le salió mal, por cierto, una tentativa de ese género; estuvo con tal motivo en conflicto con el mismo Masud, y á éste no le faltaron medios para declararle depuesto en virtud del dictámen de varios teólogos y juristas. Su sucesor, *Móktafi* (530-555 = 1136-1160), demostró que poseía la astucia de los antiguos abasidas, mientras que *Mustandschid* (555-566 = 1160-1170) y Mustadí (566-575 = 1170-1180) no supieron dar mucha importancia á su pequeño Estado. Un verdadero carácter, pero príncipe mas funesto para el Islam, dentro de la medida de sus fuerzas, que cualquier otro abasida, fué Nasir (575-622 = 1180-1225). Quiso convertir en algo grande su minúsculo reino; pero le sucedió con los mogoles, enemigos mucho mas peligrosos, lo que al Afdal con los cruzados. En su aspiracion, sostenida con vigor y sobriedad, de extender los dominios del califato mas allá de las fronteras del Irak, se enemistó con el poderoso Mohammed Ibn Takasch, señor de Khwarism (Khiva), que dominaba entonces en la Persia. Para deshacerse de éste, el califa, que no tenia la menor idea, como nadie tampoco en el Asia occidental, del verdadero poderío de hombre tan temible, robusteció al mogol Gengis-Khan en su propósito de invadir el territorio

del Shah de Khwarism; y así precipitó el mismo guardador de la fe la catástrofe que debia causar la ruina de casi todos los Estados islamitas.

El mismo Nasir no presenció la tormenta, ni tampoco sus inmediatos sucesores *Záhir* (622-623 = 1225-1226) y *Mustansir* (623-640 = 1226-1242), si bien este último ya se encontró en situacion muy apurada entre las huestes de los de Khiva y los mogoles, que avanzaban hácia el Occidente. Pero lastimosa figura hizo, en verdad, el último de los califas de Bagdad, Musta'asim (640-656 = 1242-1258), no acertando á caer con dignidad. Era un simple cero en todas las cosas del arte de gobernar, y tenia además dos consejeros, de los cuales uno procuraba inclinarle á someterse y el otro á resistir al terrible Hulagu, hermano y caudillo del emperador mogol. No hizo ni lo uno ni lo otro: ni tuvo resolucion para solicitar á tiempo la gracia del bárbaro, mas poderoso que él, ni tampoco la mas digna de morir peleando. Entregó, pues, su persona y la ciudad que fué residencia durante cinco siglos de su raza, tras débil é incompleta resistencia, el día 4 de Safar de 656 (10 de febrero de 1258), al jefe mogol, que en cambio se hizo enseñar primero por él todos los tesoros de su palacio y mandó luego que le quitaran la vida (14 de Safar de 656 = 20 de febrero de 1258). No fué esta la última de las dinastías de origen árabe que tan ignominiosamente se hundieron en el polvo: un hado especial habia dispuesto asimismo que el rey de Granada, cuyo último suspiro petrificado aun hoy enseña con orgullo el español cristiano al extranjero, descendiera de Sa'ad Ibn Obada, aquel fiel «auxiliar» de Mahoma que á la muerte del Profeta poco faltó para que fuera proclamado califa. Y es justo tambien que una raza cuyos rasgos principales fueron desde el principio la brutalidad en la fortuna y la humildad en las horas adversas pierda de esta manera el resto de su antigua dominacion del mundo. Pero lo que parece farsa satírica despues de la tragedia, es que tambien esta vez los hijos de Abbas lograran salvarse de la conflagracion general y reservarse á lo menos una cómoda prebenda; si bien Hulagu mandó matar á varios individuos de la familia de los califas, pudieron escapar algunos, y á uno de éstos el sultan mameluco del Egipto, Beibars, de quien ya hablaremos mas adelante, hizo califa en el Cairo con el hermoso nombre de *El-Mustansir billah*, «el que Dios desea como ayuda,» para, como contraste con los impíos fatimitas, de los cuales las gentes mas ancianas algo podian haber oido, tener cerca de sí á un «caudillo de los creyentes» de indudable legitimidad que fuera garantía de la propia. Los descendientes de este abasida ocuparon igual cargo, raras veces expuesto á incidentes desagradables, hasta que el osmanlí Selim acabó con los mamelucos en el Egipto el año 923 (1517). Para hacer constar en toda forma su derecho á ser reconocido tambien como cabeza espiritual del Islam, Selim se llevó consigo á Constantinopla al abasida que á la sazón figuraba con el nombre de Mutawakkil III, obligándole á renunciar solemnemente en el vencedor el supuesto califato. Desgraciadamente Mutawakkil, siguiendo el ejemplo de su antepasado de igual nombre, se dió á la vida licenciosa y tuvo que ser encerrado en una fortaleza en 926 (1520). De allí le permitió el sultan Soliman, en 929 (1523), que regresase al Cairo, donde en la rebelion que estalló aquel mismo año, acaudillada por Ahmed Bajá, figuró otra vez como autoridad eclesiástica; luego no volvemos á saber nada mas de él, sino que murió en 945 (1538). Y así acabaron *los abasidas*.

PARTE SEGUNDA

LOS PERSAS, LOS TURCOS Y LOS MOGOLES

LIBRO PRIMERO

VIDA NUEVA EN EL ORIENTE

CAPITULO PRIMERO

LA NACION PERSA

Herodoto ha sido acusado ya en tiempos antiguos, y desgraciadamente tambien por críticos modernos, de excesivamente crédulo, y hasta de mentiroso; pero los últimos descubrimientos é investigaciones han justificado y van justificando al padre de la historia en todos los puntos. Sin embargo, respecto de los persas se dejó engañar en lo tocante á su veracidad. Dice Herodoto que en esta nacion los padres enseñaban á sus hijos, desde la edad de cinco años hasta la de veinte, solamente tres cosas: á montar á caballo, á manejar el arco y á decir la verdad, y lo mismo repite casi literalmente el sabio Estrabon mas de cuatro siglos despues, no obstante la amarga experiencia que en este punto habian hecho ya en su tiempo los griegos y los romanos. Sabida es la patente de mentirosos que estos últimos dieron á los partos, como dieron la de falaces á los griegos y cartagineses; pero respecto de los persas, ó mejor dicho, de las diferentes ramas del tronco iranés, es preciso confesar que siendo una raza inteligentísima, parece que sus individuos sabian resistir á la tentacion de decir mentiras; pero el persa de hoy miente por gusto, no solamente por necesidad ni por interés. El libro titulado: *El Jardín de Rosas*, por Saadi, que enseña la ciencia de la vida á los persas, en forma graciosa habla mucho del trato con la gente, de la virtud de callar, pero respecto de la veracidad solo dice que la persona mentirosa no es creida aunque diga la verdad.

Desde tiempo inmemorial han tenido los persas fama de excelentes jinetes, y hoy todavia se enorgullecen de serlo. Justas y otros ejercicios varoniles son las funciones mas estimadas, dice Herodoto; su destreza en la equitacion y en el manejo del dardo arrojado es admirable; por esto y por su aversion al mar y á la navegacion se dedican con grandísimo afán á la equitacion y á la cria caballar para las necesidades de la paz y de la guerra (1). Aunque en esta última no solian ser muy felices, la causa de sus desgracias no fué la cobardía, si bien como en otros países la poblacion de

las ciudades era mas afeminada que la rural, sino la falta de constancia. El soldado persa bien mandado es valiente y desprecia la muerte, pero la menor derrota ó la mas pequeña duda en el éxito le desalienta y entonces huye; así se explica como en todos tiempos han combatido ejércitos persas con valor admirable y como en ocasiones se han dado á la huida ante fuerzas griegas ó árabes numéricamente muy inferiores á ellos. Los habitantes de las provincias orientales, que desde la batalla de Nihawend solian someterse casi sin resistencia á las columnas volantes árabes, despues de un siglo de esclavitud arrojaron con ímpetu irresistible en menos de dos años hasta mas allá del Tigris á sus dominadores, divididos á la verdad por discordias intestinas. Un pueblo de esta índole, activo y emprendedor, solo necesita un gobernante apto y vigoroso á su cabeza, como Ciro, Ardeschir ó Abbas el Grande, para conquistarse en poco tiempo, en cualquier época de su existencia y en circunstancias á propósito, una posicion política imponente entre las demás potencias; pero, por otro lado, no tendrá genio para oponer una resistencia tenaz, vigorosa y prolongada, si el enemigo lleva la ventaja en sus primeros ataques. Ningun pueblo, que yo sepa, ha mostrado en su origen disposicion para someterse voluntariamente á las exigencias del interés colectivo. Cuanto mas pronto un pueblo se sabe convencer de esta necesidad y conformarse con ella, tanto mejor para él; hay pueblos, en Europa como el celta y no hace mucho el germánico, y en Asia el persa, que no han tenido el instinto del interés comun. Todos los viajeros modernos concuerdan en reconocer al pueblo persa una inteligencia mucho mas viva que la de los pueblos orientales, pero tambien concuerdan en que no se cuida ni poco ni mucho de los asuntos de interés comun, ni siente impulsos patrióticos. Ya tuvimos ocasion en la primera parte de hacer resaltar la ausencia de todo sentimiento de patria en los grandes sátrapas que sin el menor remordimiento favorecieron la conquista realizada por los árabes. Hubo en todas partes odio á la raza conquistadora y á su religion, las cuales hicieron sentir pesadamente su imperio en todas partes, sin consideracion alguna á los sentimientos del pueblo; pero á pesar de esto los persas no supieron aunar sus fuerzas para oponerlas á los invasores. Tambien hay que tener en cuenta que Omar organizó tan bien su conquista, que la mayoría de la poblacion adoptó la religion mahometana siquiera exteriormente por las ventajas que con esta adopcion lograba, con lo cual dividió la poblacion y dió mas campo al espíritu particula-

(1) Las escuadras persas de la antigüedad estaban tripuladas principalmente por fenicios y habitantes del Asia Menor, y hasta en 1740 el poderoso Nadir Schah, el Napoleón de Oriente, para quien no habia nada imposible, quiso formar una escuadra en los mares Caspio y Pérsico y obtuvo el mismo resultado que Napoleón en la empresa de Boulogne.